

Conmigo mismo

El Tuerto

Vivir en el campo tiene sus ventajas. Al menos a mí me hace pensar con más frecuencia que entre el asfalto y los semáforos; o quizás el entorno ayude aquí a hacerlo de manera más reflexiva e intimista. No lo sé.

De vez en cuando, al anochecer, suelo salir a pasear un rato con el perro por el campo. Es una especie de necesidad que tengo que satisfacer cada cierto tiempo, como si tuviera una cita pactada para encontrarme conmigo mismo. Mis otras obligaciones condicionan la periodicidad del paseo, pero cuando puedo lo hago como el que se aferra a un ritual cíclico que le seduce. Salgo adrede solo, sin más compañía que la del perro suelto, un *épagneul breton* que entiende lo que quiere y que por norma no me hace ni puto caso. Me voy entre dos luces y vuelvo ya de noche cerrada. Rarezas que tiene uno. Pero a mí me gusta. La oscuridad me proporciona un plus de intimidad.

Ayer, al poco de salir, me encontré con Lucas, embudido como siempre en su zamarra. Frío hacía, pero tampoco era para ir como iba. Con sus 72 años, los cinco últimos viudo, siempre fue hombre de frase corta y parco en palabras. Echa de menos a la mujer, sin duda, pero en su duelo más que tristeza lo que hay es cabreo; fundamentalmente, cabreo. Se llevaba bien con la mujer, por lo que me sorprendió que a los pocos meses de quedar viudo un día me preguntara por derecho, en un encuentro casual, "más o menos hasta qué años un hombre es un hombre". Lejos de evadir el tema, le solté con cierta guasa que "que se sepa por lo menos hasta los ciento diez; pero depende de con quién, cuándo y cómo". Al menos logré que esbozara la primera sonrisa en su nuevo estado civil. Aunque nada respondió, le noté por su gesto que se quedó con unas ganas tremendas de soltarme un "¡Ah, bueno!", como si mi respuesta le quitara un peso de encima. Al poco, Dios-que-lo-sabed-y-luego-me-lo-cuenta-a-mí, me pasó la información de que un par de veces por semana Lucas dormía

o, mejor dicho, se acostaba en compañía de.

Cuando ayer nos encontramos en el campo, le pregunté qué tal le iba la vida. Noté que, a pesar de los devaneos furtivos que se trae con su nueva amiga, el cabreo con la vida no se le había dulcificado en absoluto. "En esas cosas voy bien servido, sí, pero... A mí lo único que me consuela es el salir al campo, ver el campo. Lo demás... Me caguen la puta vida, que no sé ni para qué nacemos". Y al decirlo, lo hizo con una mueca de amargura, entornando los ojos, la frente fruncida, mirando a lo lejos. Más allá de lo de la "puta vida" poco le pude sacar. Estaba en plan *filosóficonegativista* y no tenía ganas de explayarse. Al final, me despidió con una especie de rejón de reproche, que se tradujo en un "tanto estudiar, tanto estudiar, y a lo que veo tampoco es capaz de contestarme para qué nacemos, ¿eh?". Ese "¿eh?" de remate de su frase, una auténtica pedrada, lo único que consiguió fue que mi despedida consistiera en un mudo y suave cabeceo lateral de negación, reconociendo el callejón sin salida en el que me había metido Lucas. A falta de respuesta que dar, decidí continuar camino con el perro. Al poco, giré la cabeza para verle. Iba calleja abajo, algo más encorvado, con el paso lento de la desilusión. Tenía razón en lo de la "puta vida". Pero qué remedio.

En esas salidas en soledad, me encanta oír el ruido de mis propias pisadas quebrando el pasto, mi chapotear buscado en los charcos aunque me ponga perdido, o sentir cómo raspo los pantalones en los carrascos y tomillos del monte. Alegra el percibir a oscuras cómo se acerca el jadear del perro, que no para con sus idas y venidas, o el intuir el ruido de regatos que no ves.

A esas horas el campo huele a campo, a hierba húmeda, a jara, al pasto que voy pisando; o a esas mil flores diminutas que nacen porque sí, a destiempo en pleno invierno, cuyo nombre es imposible conocer, y que, por minúsculas, son despreciadas, pero que esparcen

un aroma intenso bajo los pies que no veas, y que sólo se capta a esas horas. A veces me sorprende que, al arriarme a un árbol y olfatear su corteza, huelo a seco y a caliente, a vivo, con sus matices ásperos y amargos, y a tierra, a musgo, a... Yo qué sé.

Después de un rato, me gusta pararme, sentarme en una peña ya de noche y escuchar el silencio. Es impresionante lo que se puede oír cuando todo está callado. Notas hasta tu respiración e incluso el rozar del viento cuando te da en la cara se hace sonido. Y si en ese momento entornas los ojos, es que ya ni te digo la gozada. Te sientes vivo, aunque a veces te recoma la nostalgia.

Estremece el contemplar a esas horas, sin prisas, el cielo inmenso entre azul marino y negro, que acota por arriba a lo infinito y que te recuerda tu propia pequeñez. Y ver los miles de estrellas ahí arriba colgadas, no sé por quién, tintineando, y el resplandor que se intuye a lo lejos de las luces del pueblo. Las gozo al escuchar a oscuras los cencerros lentos de las vacas en cal coño, o el campanilleo presuroso de las esquilas de ovejas, que intuyo monte abajo camino de sus corrales y oigo a cientos de metros. Y los silbidos medrosos del pastor a sus perros, azuzándoles de regreso a casa, y sus ladridos felices de respuesta, conscientes de que la hora de la cena se acerca.

A veces me pongo contento cuando, en esas, me sorprende la lluvia. Y aunque lleve el chubasquero y el frío sea cortante, levanto la cara por instinto para que la lluvia me la empape. Sentirla correr en mi cara me humaniza, me hace sentirme infinitesimal y vulnerable. Y en ese momento, aunque no lo haga, empiezo a notar frío y me arrebujo. Y miro a lo lejos, no sé a qué, y me callo, y en silencio espero un rato.

Luego, de regreso, cuando intuyo las luces de las casas, pienso en su calor, en el olor de la lumbre baja, y noto que me invade una mezcla de recogimiento y melancolía; y me pongo en plan filosofal, tipo Lucas. Y me meto entonces con la naturaleza humana, con la razón misma de ser y existir, con sus glorias y sus miserias, sus necesidades e insuficiencias. También con lo estúpidos que somos todos, egocéntricos e insolidarios, sectarios y cutres, tan enanos y feudales, y debato

conmigo sobre las causas del bien y del mal, y echo de menos el humanismo perdido. Y al final termino patinando por libre sobre la razón de la existencia del ser humano, de su dudoso origen, de las razones que esgrime la ciencia, y hasta del papel del azar, de sus consecuencias, y de su indubitada finitud... Yo qué sé. Porque todo puede ser incierto y dudoso, excepto que lo que tiene principio tiene final, tú y yo mismos incluidos, que ése sí que está más claro que el agua clara, vale... Pero y después, ¿qué? Porque ¿a qué santo todo esto si no hubiera un sospechoso después?

Y me aferro a que tiene que haber alguien que rige esto desde el principio. Alguien que sabe los dónde, qué, cómo y cuándo de todo, y todos los porqués. Y que tiene que haber algo al final, al otro lado de la cortina... Que tiene que haberlo, coño, que no puede ser que ni tú, ni yo, ni todos, ni cualquiera, seamos pura y simplemente la consecuencia de una azarosa interacción de leyes físicas, matemáticas y químicas que, en un momento dado, traigan como resultado, izas!, un ser humano, con su torrentera de sentimientos, pasiones, contradicciones y torpezas. Y que en otro momento, mismo azar loco por medio, ya ves la bobada, el resultado sea una araña, un tejón o un mandril. Eso es impensable, simplemente por absurdo. Y esas leyes, junto al azar, no sirven, no pueden servir para justificar o basar, en ellas o en él, el hecho mismo de nuestra existencia aquí y ahora. No habría derecho a eso, coño, y además sería aterrador si así fuera... Y al otro lado de la cortina, ¿qué?

De vuelta en casa, respiro hondo y me aferro a mis cavilaciones, a mis dudas, a mis desatinos... Y me dejo embargar por un revoltijo de ilusión, esperanza y melancolía, indefinibles y torpes, en las que intento argumentar y cimentar el reposo emocional, la serenidad y la sensatez que necesito para continuar mis días con sosiego y perspectivas. Aunque en ninguna de ellas encuentre las respuestas que busco.

Tiene que haber algo más, joder, sé que tiene que haber algo más...

Y si no, me van a oír... Pero, ¿quién?

Correspondencia: eltuerto@semg.es